

en que nuestra inteligencia se sienta obligada á dar su asenso á una proposicion, en que se afirma un enlace absolutamente necesario sin relacion á ningun objeto existente. Se concibe que una inteligencia afectada por otros seres, conozca la naturaleza y relaciones de los mismos; pero no se alcanza cómo se pueden descubrir esta naturaleza y estas relaciones de un modo absolutamente necesario, cuando se prescinde de toda existencia, cuando el fondo en que se fijan los ojos del entendimiento es el abismo de la nada.

169. Nos hacemos ilusion creyendo que podemos prescindir de toda existencia. Aun cuando suponemos que nuestro espíritu ha desaparecido del todo, suposicion muy fácil, dado que en nuestra conciencia encontramos la contingencia de nuestro ser, el entendimiento percibe todavía un orden posible, y cree ocuparse de la posibilidad pura, independientemente de un ser en que la funde. Repito que esto es una ilusion que se desvanece tan pronto como se reflexiona sobre ella. En la pura nada no hay nada posible; no hay relaciones, no hay enlaces de ninguna especie; en la nada todas las combinaciones son absurdas; es un fondo en que nada se puede pintar.

170. La objetividad de nuestras ideas, la percepcion de relaciones necesarias en un orden posible, revelan una comunicacion de nuestra inteligencia con un ser en que se funda toda posibilidad. Esta posibilidad es inexplicable en no suponiendo dicha comunicacion, que consiste en la accion de Dios dando á nuestro espíritu facultades perceptivas de la relacion necesaria de ciertas ideas, fundadas en el ser necesario y representadas en su esencia infinita.

171. Sin esta comunicacion, el orden de la posibilidad pura no significa nada: todas las combinaciones

que á ella se refieren, no encierran ninguna verdad: y con esto se arruina toda la ciencia. No puede haber relaciones necesarias, cuando no hay algo necesario en que se funden; y donde se representen: sin esta condicion todos los conocimientos se han de referir á lo existente, y aun limitado á lo que *parece*, á lo que nos afecta, sin poder afirmar nada que salga del orden actual. En cuyo supuesto la ciencia no es digna de este nombre; no es mas que una coleccion de hechos recogidos en el campo de la experiencia: no podemos decir, « esto será ó no será, esto puede ser ó no puede ser; » nos es preciso limitarnos á lo que es; ó mas bien, deberemos circunscribirnos á lo que nos afecta, á la simple apariencia, sin podernos elevar nunca sobre la esfera de los fenómenos individuales.

CAPÍTULO XXVII.

EXPLICACION DE LOS FENÓMENOS INTELECTUALES INDIVIDUALES, POR LA RAZON UNIVERSAL SUBSISTENTE.

172. Partiendo de los fenómenos observados en la razon individual, hemos llegado á la razon universal; hagamos, por decirlo así, la contraprueba: tomemos esta razon universal subsistente, y veamos si se explican las razones individuales en sí, y en sus fenómenos.

1º. ¿Qué son las verdades necesarias? Son las relaciones de los seres, tales como están representadas en el ser, que contiene la plenitud del ser. Ninguna razon individual finita es entonces necesaria para estas verdades; la razon de ellas se halla en un ser infinito.

2º. La esencia de todas las cosas, abstraída de todos los seres particulares, es algo real, no en sí, y por separado, sino en el ser donde se halla la plenitud de todo.

3º. En este supuesto, las ciencias no se ocupan de vanas ideas, ni de meras creaciones de nuestra razón, sino de relaciones necesarias representadas en un ser necesario, conocidas por él desde la eternidad.

4º. La ciencia es posible; hay algo necesario en los objetos contingentes; la destrucción de éstos no destruye los tipos eternos de todo ser, únicos que considera la ciencia.

5º. Todas las razones individuales, nacidas de un mismo origen, participan de una misma luz; todas viven de una misma vida, de un mismo patrimonio, indivisible en el principio creador, divisible en las criaturas. Luego la unidad, ó mejor la uniformidad ó comunidad de la razón humana es posible, es necesaria.

6º. Luego la razón de todos los hombres tiene por lazo común la inteligencia infinita: luego Dios está en nosotros; y encierran profundísima filosofía aquellas palabras del Apóstol: « in ipso vivimus, movemur et sumus. »

7º. Luego toda filosofía que quiere explicar la razón aislándola; que solo considera fenómenos particulares, sin lazo general; que pretende levantar el magnífico edificio de nuestra razón con solos los hechos particulares; que no apela á un fondo común, á un manantial de luz de donde nazcan todas las luces, es una filosofía falsa, superficial, en lucha con la teoría, en contradicción con los hechos. Cuando se reflexiona sobre esto, lástima dan Locke y mas aun Condillae, con sus explicaciones de la razón humana por solas las sensaciones.

8º. Así se concibe por qué no podemos señalar la razón de muchas cosas; las vemos; son así; son necesarias; nada mas podemos decir. El triángulo no es círculo; ¿qué razón señalaremos? ninguna. Es así, y nada mas. ¿Y por qué? Porque efectivamente existe una necesidad inmediata en la relación representada en el ser infinito, que es verdad por esencia. La misma inteligencia infinita no ve mas razón de sí misma que á sí misma. En la plenitud de su ser lo encuentra todo, y las relaciones de todo; mas allá, no hay nada. Al crear las razones individuales, les ha dado una intuición de esas relaciones; no hay discurso para probarlas; las vemos, y nada mas.

9º. Los que admiten el valor subjetivo de las ideas, dudando de su objetividad, ó negándola, pierden de vista este hecho. Quieren un argumento, donde solo cabe una visión; exigen grados, donde no los hay. Cuando la razón humana ha visto ciertas verdades, no puede ir mas allá, ni dudar de ellas. Está sometida á una ley primitiva de su naturaleza; de la cual no puede prescindir sin dejar de ser lo que es. Por lo mismo que ve el objeto, está segura de él; la diferencia entre la subjetividad y la objetividad, cabe en el terreno de las ilaciones, mas no en el de la razón inmediata, ó sea en la inteligencia de las verdades necesarias.

173. Dejo á la consideración del lector si la explicación que precede es algo mas satisfactoria que la de la *razón impersonal*; la teoría que acabo de exponer ha sido la de todos los metafísicos mas eminentes. Con Dios todo se aclara; sin Dios, todo es un caos. Esto es verdad en el orden de los hechos, y no lo es menos en el orden de las ideas. Nuestra percepción es también un hecho; nuestras ideas son hechos también: á todo preside un orden admirable, en todo hay un enlace que no podemos destruir; y ni

este enlace, ni este orden, depende de nosotros. La palabra *razon*, tiene un significado profundo; porque se refiere á la inteligencia infinita. No puede haber dos razones humanas, siendo verdadero para uno, lo que sea falso para otro: independientemente de toda comunicacion entre los espíritus humanos, y de toda intuicion, hay verdades necesarias para todos. Si queremos explicar esta unidad, es necesario salir de nosotros, y elevarnos á la grande unidad de donde sale todo, y á donde se dirige todo.

174. Este punto de vista es alto; pero es el único; si nos apartamos de él, no vemos nada; estamos precisados á emplear palabras que nada significan. Pensamiento sublime y consolador! aun cuando el hombre no se acuerda de Dios, y quizás le niega, tiene á Dios en su entendimiento, en sus ideas, en todo cuanto es, en todo cuanto piensa; la fuerza perceptiva se la ha comunicado Dios: la verdad objetiva se funda en Dios: no puede afirmar una verdad, sin que afirme una cosa representada en Dios. Esta comunicacion íntima de lo finito con lo infinito, es una de las verdades más ciertas de la metafísica: aunque las investigaciones ideológicas no produjesen mas resultado que el descubrimiento de una verdad tan importante, deberíamos tener por muy aprovechado el tiempo que hubiésemos consumido en ellas.

CAPÍTULO XXVIII.

OBSERVACIONES SOBRE LA RELACION DE LAS PALABRAS CON LAS IDEAS.

175. La relacion entre el pensamiento y la palabra es uno de los fenómenos ideológicos mas importantes. Mientras hablamos, pensamos; y mientras pensamos, hablamos con locucion interior: el entendimiento ha menester de las palabras, como una especie de hilo conductor en el laberinto de las ideas.

176. El enlace de las ideas con un signo parece necesario: entre estos signos el mas universal y mas cómodo es la palabra; pero conviene no olvidar que esta es signo arbitrario, como lo manifiesta la variedad de palabras en las diferentes lenguas, para expresar una misma idea.

177. El fenómeno de la relacion de las ideas con el lenguaje, tiene su origen en la necesidad de vincular las ideas con determinados signos; y la importancia de la palabra resulta de que es un signo mas general, mas cómodo, y mas flexible. Así es que en cuanto estas circunstancias se pueden reunir en otro signo, se consigue el mismo objeto. Físicamente hablando, la palabra escrita es muy diferente de la hablada; y no obstante, para muchísimos casos nos sirve igualmente la primera que la segunda.

178. La locucion interior es á veces, mas bien una reflexion en que se amplia y desenvuelve la idea, que expresion de la misma. Es verdad que por lo comun no pensamos sin hablar interiormente; pero, como se ha observado mas arriba, la palabra es un signo arbitrario, y por consiguiente no puede estable-

cerse un paralelismo del todo exacto entre las ideas y la locucion interior.

179. Pensamos con una instantaneidad que no se aviene con la sucesion de las palabras, por rápidas que las supongamos. Es verdad que la locucion interna es mas veloz que la externa; pero siempre envuelve sucesion, y exige mas ó menos tiempo, según las palabras que se han de suceder.

Esta observacion es importante para no exagerar las relaciones de la idea con la palabra. El lenguaje es ciertamente un conducto maravilloso en la comunicacion de las ideas, y un poderoso auxiliar de nuestro entendimiento; pero, sin desconocer estas calidades, podemos guardarnos de la exageracion que parece declarar imposible todo pensamiento al que no corresponda una palabra pensada.

180. Experimentamos con bastante frecuencia que nos ocurren instantáneamente una muchedumbre de ideas, que luego se desenvuelven en un discurso: asi lo vemos en aquellas réplicas prontas, vivas, excitadas por una palabra, un hecho, ó un gesto que ha contrariado nuestras opiniones, ó herido nuestros sentimientos. Al replicar, nos es imposible haber hablado interiormente; pues que la instantaneidad con que replicamos no nos consiente el hacerle. ¿Cuántas veces al oír un raciocinio, notamos al instante un vicio, que si tuviéramos que explicar con palabras nos obligaria á un discurso? ¿cuántas veces, al proponérsenos una dificultad, vemos al instante la solucion, que nos es imposible expresar sin muchas palabras? ¿cuántas veces descubrimos á la primera ojeada, el punto flaco de una razon, la fuerza de un argumento, la facilidad de retorcerle contra el que le propone, y todo esto sin mediar ninguno de los intervalos necesarios para la locucion externa ó interna? De esto proviene que en dichos casos, el pensamiento

que asalta se expresa con un gesto, una mirada, un movimiento de cabeza, un *si*, un *no*, una exclamacion, ú otros signos semejantes; todos mucho mas veloces de lo que podrian serlo las palabras, con que se expusiera el pensamiento.

181. Aclaremos esta observacion con algunos ejemplos. Uno dice: « todos los hombres son naturalmente iguales. » El sentido de esta proposicion no podía saberse cuál era, hasta sonar la palabra *iguales*: ¿cómo es que un hombre entendido y juicioso dirá *no*, por un impulso instantáneo, y tomará la palabra al momento, y desvanecerá con mucha copia de razones el vago tema del declamador? El entendimiento estaba en suspenso hasta la palabra *naturalmente*; nada habia que manifestase el sentido de la proposicion, puesto que en vez de *iguales*, podía haberse dicho, débiles, mortales, inconstantes, etc. etc.; pero suena la palabra *iguales*; é instantáneamente el entendimiento dice *no*, sin que haya tenido tiempo de emplear una locucion externa ni interna. Luego es imposible el exacto paralelismo que algunos suponen entre las ideas y las palabras; y los que le defienden, caen en una exageracion incompatible con la experiencia.

Otro dice: « la justicia no tiene mas regla que el limite de la fuerza. » El *no* instantáneo con que replican todos los que tengan ideas morales, ¿ha necesitado por ventura alguna locucion interior, la ha consentido siquiera? Es verdad que cuando se explique lo que se expresa por aquel *no*, y en que se le funda, se emplearán muchas palabras; y que si se reflexiona sobre la proposicion, se hablará interiormente; pero todo esto es independiente de aquel acto intelectual, significado por el *no*, y que se habria expresado mas brevemente si hubiera sido posible.

Otro dice : « si el hecho está atestiguado por los sentidos será verdadero ; y si es verdadero , los sentidos le atestiguarán. » El oyente asentía á la primera parte de la proposicion ; y estaba suspenso en cuanto á la segunda , hasta que suena la palabra *atestiguarán*. Entonces un *no* instantaneo sale de sus labios , ó se expresa con un gesto negativo : ¿ ha precedido locucion interior ? no , ni era posible que precediese. Las palabras expresivas de aquel acto intelectual serian estas : « no es verdad que todo hecho haya de ser atestiguado por los sentidos ; pues que hay hechos muy verdaderos , que no pertenecen á la sensibilidad. » Véase si estas palabras , ú otras semejantes , son compatibles con la instantaneidad del *no*.

182. Se me objetará tal vez , que una cosa es la negacion , y otra la razon de la negacion ; que para la primera , bastaba el simple *no* , y que solo para la segunda eran menester las palabras ulteriores. Pero en esto hay una equivocacion : cuando se ha dicho el *no* , se ha dicho con motivo ; y este era la vision de la inconsecuencia que luego se ha expresado con las palabras. De otro modo , seria preciso admitir que el juicio negativo era un juicio ciego , sin ninguna razon. Ahora bien : esta razon fundamento del juicio , aun expresada del modo mas lacónico posible , necesita de algunas palabras ; las que no han tenido tiempo de formarse , ni exterior ni interiormente. Esta es cuestion de cálculo. El que oia la proposicion , no podia saber lo que se expresaria en ella , hasta que se pronunció la palabra *atestiguarán* , y con punto final. Antes de llegar á la palabra *atestiguarán* , ignoraba el sentido de la proposicion ; no le era dable formar ningun juicio , pues que el otro en vez de decir « si es verdad , los sentidos *lo atestiguarán* , » podia haber dicho : si es verdad , los sentidos *no lo desmentirán*.

He hablado del *punto final* , para manifestar la instantaneidad de la percepcion y del juicio , haciendo ver que el entendimiento no se determina , hasta el último instante. En efecto : supongamos que se hubiese empleado la misma palabra *atestiguarán* , sin punto final , diciendo : « si es verdad , los sentidos *lo atestiguarán* , si este hecho cae bajo su jurisdiccion. » Las palabras son las mismas , y no obstante no provocan un juicio negativo : ¿ y por qué ? porque el interlocutor continua. Si hubiese cesado de hablar , ó hubiese empleado aquella inflexion de voz , que indica la terminacion del período , el *no* hubiera surgido como un relámpago. El mismo efecto , que la pausa y el acento en la voz , producen una coma , ó un punto , en la escritura. Al ver estas señales , juzgamos instantaneamente , con una velocidad incomparablemente mayor que toda locucion externa ó interna.

Fácil seria multiplicar los ejemplos en que es manifestase la superioridad que lleva el pensamiento á la palabra , en punto á velocidad ; pero considero bastantes los aducidos , para demostrar que hay alguna exageracion en el dicho de que « el hombre , antes de hablar su pensamiento , piensa su palabra ; » si se entiende que sea imposible todo pensamiento sin una palabra pensada.

CAPÍTULO XXIX.

ORÍGEN Y CARÁCTER DE LA RELACION ENTRE EL LENGUAJE Y LAS IDEAS.

183. Parece que muchas ideas son como las sensaciones y los sentimientos: hechos simples que no podemos descomponer y que por lo mismo no alcanzamos á explicar con palabras. (Lib. VI, cap. V.) Estas aclaran las ideas; pero ¿no podría decirse que algunas veces las confunden? cuando se habla de una idea, se reflexiona sobre ella; y ya hice notar, (Lib. I, cap. III y XXIII) que la fuerza refleja de nuestros actos perceptivos era muy inferior á la directa.

184. He pensado algunas veces, que quizás sabemos cosas que creemos ignorar, é ignoramos otras que pensamos saber. Lo cierto es que hay muchas ideas sobre las cuales se ha disputado en todas las escuelas filosóficas, sin que se haya obtenido un resultado satisfactorio; y no obstante estas ideas deben de ser bastante claras para nuestro espíritu, puesto que todos las empleamos continuamente sin equivocarnos nunca. Los filósofos no han llegado á ponerse de acuerdo sobre las ideas de espacio y tiempo; y sin embargo el hombre mas ignorante se sirve de estas palabras, y las aplica con exactitud, en todos los casos que se le ofrecen. Esto parece probar que la dificultad no está en la idea, sino en la explicacion de la misma.

185. Se ha notado que en el lenguaje comun hay mucha verdad y exactitud; por manera que el observador se asombra al profundizar en la recóndita

sabiduría que se oculta en una lengua: tantas, tan varias y delicadas son las gradaciones en que se distribuye el sentido de las palabras. Esto no es fruto de la reflexion, es obra de la razon operando directamente, y por tanto valiéndose de las ideas sin reflexionar sobre las mismas.

186. En las investigaciones ideológicas se quiere idea de la idea; y no se advierte que si esto es necesario á la ciencia, se podrá exigir otra idea de la otra idea, y así proceder hasta lo infinito. Debiérase tener presente que cuando se trata de hechos simples, tanto externos como internos, no cabe otra explicacion que designarlos.

187. Las *ideas-ímagenes* son una fuente de error; y probablemente no lo son menos las ideas explicables con palabras. La *idea-ímen* induce á creer que no hay mas ideas en nuestro espíritu que las representaciones sensibles; y el suponer que toda idea puede expresarse con palabras, hace que nos figuremos compuesto lo que es simple, y atribuyamos al fondo lo que solo corresponde á la forma.

188. Una idea compuesta parece ser un conjunto, ó mas bien una serie eslabonada de ideas, que ó se excitan simultáneamente, ó se suceden con mucha rapidez. Nuestro entendimiento necesita las palabras para ligar este conjunto y retener el hilo con que le enlaza: de aqui es que cuando la idea es simple, la palabra no es indispensable. Se dice que la palabra es necesaria para *pensar*; tal vez se hablaría con mas exactitud, diciendo que es necesaria para *recordar*.

189. Cuando el objeto de que nos ocupamos se ofrece á la intuicion sensible, no hemos menester de la palabra. Al reflexionar sobre la linea recta, sobre el ángulo, sobre el triangulo, podemos observar que nos basta su representacion imaginaria, y que no necesitamos ligar estos objetos con palabras. Lo mismo

pensar en la unidad, ó en los números, dos, tres y cuatro, que fácilmente nos representamos sensiblemente. La necesidad de las palabras comienza, cuando la imaginacion no puede representarse distintamente los objetos, y es preciso combinar varias ideas. Si no ligásemos á una palabra la idea de un polígono de muchos lados, estaríamos en la mayor confusion, y nos seria imposible discurrir sobre él.

190. Como nuestras facultades perceptivas no crean sus objetos, sino que están limitadas á combinarlos, y por otra parte nuestra percepcion no es capaz de abarcar muchos á un tiempo; resulta que el ejercicio de nuestras facultades es por necesidad sucesivo, sirviendo de rizo á las percepciones la unidad de la conciencia. Esta, para asegurarse de lo que en ella ha pasado, no tiene otro medio que ligar sus operaciones con determinados signos, y de aqui dimana la necesidad de los signos arbitrarios. Los signos han de ser sensibles, á causa de las relaciones que ligan á nuestra inteligencia con las facultades sensitivas: por cuya razon se observa que todo signo á que vinculamos una idea, puede ser objeto de un sentido. La muchedumbre y variedad de las ideas y de sus combinaciones, exigen un signo sumamente vario y flexible, y que á esta variedad y flexibilidad reúna ciertos caracteres, que simplificándole hagan fácil su retencion en la memoria, y hé aqui las ventajas del lenguaje: en medio de su asombrosa variedad, posee dichos caracteres en las silabas radicales. La conjugacion de un solo verbo nos ofrece un número considerable de ideas muy diferentes; cuya retencion seria sobre manera difícil, si no estuviesen ligadas por algun vinculo, cual es, la silaba radical: como es en el verbo amar, la silaba *am*. Asi es de notar, que al aprender una lengua nos cuestan mucho mas trabajo los verbos irregulares; y en los niños se observa

tambien, que se equivocan en las irregularidades. Yo compararia el lenguaje á un registro de biblioteca; que será tanto mas perfecto cuanto mejor reúna la sencillez y la variedad; para designar con exactitud las clases de los libros, y los estantes donde se hallan.

191. *Sucesion de ideas y operaciones*, hé aqui el origen de la necesidad de un signo que las recuerde y ligue; *relacion de nuestro entendimiento con las facultades sensitivas*, hé aqui la razon de que los signos hayan de ser sensibles; *variedad y simplicidad del lenguaje*, hé aqui su mérito, como signo de las ideas (V. Lib. 1, cap. XXVII).

CAPITULO XXX.

IDEAS INNATAS.

192. Hay entre los adversarios de las ideas innatas, diferencias profundas. Los materialistas sostienen que el hombre lo recibe todo por los sentidos, de tal manera que cuanto posee nuestro entendimiento no es mas que el producto del organismo que se ha ido perfeccionando, como una máquina adquiere con el uso mayor facilidad y delicadeza de movimiento. Nada suponen preexistente en el espíritu, sino la facultad de sentir; mejor diremos, no admiten espíritu, sino un ser corpóreo cuyas funciones producen naturalmente lo que se llama el desarrollo intelectual.

Los sensualistas, que no atribuian á la materia la facultad de pensar, tampoco admitian ideas innatas; confesaban la existencia del espíritu, pero solo le otorgaban facultades sensitivas: todo su caudal debia sacarlo de las sensaciones, y no podia ser otra cosa que sensacion transformada.

Contaban las ideas innatas con otros adversarios que no eran ni materialistas, ni sensualistas. Tales eran los escolásticos, que defendiendo por una parte el principio de que nada hay en el entendimiento que antes no haya estado en el sentido, combatían por otra, el materialismo y el sensualismo. La diferencia entre los escolásticos y los defensores de las ideas innatas, quizás no hubiera sido tanta como se cree, si la cuestión se hubiese planteado de otra manera.

193. Los escolásticos consideraban las ideas como formas accidentales, de suerte que un entendimiento con ideas, podía compararse a un lienzo cubierto de figuras. Los defensores de las ideas innatas decían « en el lienzo preexisten las figuras; para que se ofrezcan a la vista, basta levantar el velo que las cubre. » Esta explicación es algo dura, pues contraria abiertamente la experiencia que atestigua: 1º. la necesidad de la excitación del entendimiento por las sensaciones; 2º. la elaboración intelectual que experimentamos al pensar, y que nos dice que hay dentro de nosotros una especie de producción de ideas.

« El lienzo está en blanco, decían los adversarios de las ideas innatas; ved en prueba de ello, como trabaja de continuo el artista para cubrirle de figuras. » Pero la doctrina de estos ¿suponía por ventura que nada absolutamente preexistiese a la experiencia? ¿Admitían que el hombre fuese la simple obra de la instrucción y educación? ¿Defendían que nuestro mundo interior no fuese más que una serie de fenómenos causados por las impresiones, y que hubiese podido ser otro el orden intelectual, si las impresiones hubieran sido otras? No ciertamente. Ellos admitían: 1º. una actividad interna, que se aprovechaba de la experiencia sensible y que era excitada por ella; 2º. la necesidad de los primeros principios intelectuales y morales; 3º. una luz interior que nos hace verlos,

cuando se nos presentan, y asentir á ellos con irresistible necesidad. El « *signatum est super nos lumen vultus tui Domine,* » se halla citado á cada página en estos autores.

194. Santo Tomás dice que es preciso que nos hayan sido comunicados naturalmente los primeros principios, tanto los especulativos, como los prácticos: « *Oportet igitur naturaliter nobis esse indita, sicut principia speculabilium, ita et principia operabilium.* » (1 P., Q. 79, art. 12.) En otro lugar, buscando si el alma conoce las cosas inmateriales en las razones eternas (in rationibus æternis), dice que la luz intelectual, que hay en nosotros, es una semejanza participada de la luz increada, en que se contienen las razones eternas. « *Ipsium enim lumen intellectuale, quod est in nobis, nihil est aliud, quam quædam participata similitudo luminis increati, in quo continentur rationes æternæ.* » (1 P., Q. 84, art. 5.)

195. En estos pasajes se halla expresamente consignado que hay en nosotros algo más de lo adquirido por la experiencia, en lo cual convienen los escolásticos con los defensores de las ideas innatas. La diferencia entre ellos está en que los primeros consideran la luz intelectual como insuficiente para el conocimiento, cuando faltan las formas ó especies, sobre que pueda reflejar; y los otros creen que en esta misma luz van envueltas las ideas; aquellos distinguen la luz de los colores, estos los hacen brotar de la misma luz.

196. La cuestión de las ideas innatas, agitada con tanto calor en las escuelas filosóficas, no ofrecería tantas dificultades si se la plantease con la debida claridad. Para esto sería menester clasificar de la manera correspondiente los fenómenos internos llamados ideas; y determinar con precisión el sentido de la palabra *innatas*.

197. Por lo dicho anteriormente tenemos que hay en nuestro espíritu representaciones sensibles; acción intelectual sobre ellas, ó ideas geométricas; ideas intelectuales puras, intuitivas y no intuitivas; ó ideas generales determinadas é indeterminadas. Para mayor claridad pondré un ejemplo de todos estos casos. Un triángulo particular representado en mi imaginación, hé aquí una representación sensible; acto intelectual perceptivo de la naturaleza del triángulo considerado en general, hé aquí una idea relativa al orden sensible ó geométrica; conocimiento de un acto mio de entendimiento ó de voluntad, hé aquí una idea pura é intuitiva; inteligencia, voluntad, concebida en general, hé aquí una idea general determinada; substancia, hé aquí una idea general indeterminada. (V. Cap. XII y XIII.)

198. ¿Qué se entiende por innato? Lo no nacido, lo que el espíritu posee, no por trabajo propio, no por impresiones venidas de lo exterior, sino por don inmediato del Autor de su naturaleza. Lo innato pues se opone á lo adquirido; y preguntar si hay ideas innatas, es preguntar si antes de recibir impresiones y de ejercer ningún acto, tenemos ya en nuestra mente las ideas.

199. No puede sostenerse que las representaciones sensibles sean innatas. La experiencia atestigua que sin las impresiones de los órganos no tenemos las representaciones que les corresponden; que una vez puestos aquellos en acción de la manera conveniente, no podemos menos de experimentarlas. Esto es general á todas las sensaciones, ya sean actuales ya recordadas. Los que se empeñen en defender que las representaciones sensibles existen en nuestra alma, anteriormente á todas las impresiones orgánicas, sostienen una opinión que no pueden apoyar ni con hechos de experiencia ni con razones *à priori*.

200. Es de notar que el argumento fundado en la imposibilidad de que el cuerpo trasmita impresiones al espíritu, no prueba nada en favor de la opinión que combatimos. Aun cuando el argumento fuera concluyente, no se inferiría la necesidad de las ideas innatas; pues que con el sistema de las causas ocasionales se salvaría la incomunicación física del cuerpo con el espíritu, y al propio tiempo se pudiera defender que las ideas no preexistían, sino que han sido causadas á la presencia y con ocasión de las afecciones orgánicas.

201. Las ideas relativas á las representaciones sensibles, parecen consistir, no en formas del entendimiento, sino en actos de este, ejercidos sobre dichas representaciones (V. Cap. XX). Llamar innatas á estas ideas es contrariar la experiencia; y hasta desconocer la naturaleza de las mismas. No pueden ejercerse dichos actos cuando les falta el objeto, que es la representación sensible; y esta no existe sin la impresión de los órganos corpóreos. Luego el apellidar innatas á estas ideas, ó carece de sentido, ó no puede significar otra cosa que la preexistencia de la actividad intelectual, desarrollada despues con la presencia de las intuiciones sensibles.

202. Las ideas intuitivas que no se refieren á la sensibilidad, como son las que tenemos al reflexionar sobre los actos de entender y querer, tampoco pueden ser innatas. Lo que en este caso sirve de idea es el mismo acto del entendimiento ó de la voluntad, que se presenta á nuestra percepción en la conciencia: decir pues que estas ideas son innatas, equivale á decir que estos actos existían antes de existir. Aun cuando la percepción no se refiera á los actos presentes, sino á los recordados, el argumento conserva la misma fuerza: porque no puede haber recuerdo de ellos, sin que hayan preexistido; y siendo actos

nuestros, no pueden haber existido antes que los ejerciésemos.

203. Infiérese de esto que ninguna idea intuitiva es innata; pues que la intuición supone un objeto presentado á la facultad perceptiva.

204. Las ideas generales determinadas son las que se refieren á una intuición: luego no pueden existir antes que esta; y como por otra parte la intuición no es posible sin un acto, resulta que estas ideas no pueden ser innatas.

205. Quedan por último las ideas generales indeterminadas, es decir, aquellas que por sí solas no ofrecen al espíritu nada existente ni aun posible (V. Cap. XXI). Si bien se observa el carácter de estas ideas, se echará de ver que no son otra cosa que percepciones de un aspecto de los objetos, considerados bajo una razón general. Es indudable que uno de los caracteres de la inteligencia es la percepción de estos aspectos; pero también lo es que no se alcanza por qué hemos de figurarnos esas ideas como una especie de formas preexistentes en nuestro espíritu, y distintas de los actos con que ejerce su facultad perceptiva. No veo con qué fundamento se puede afirmar que estas ideas son innatas, y que yacen ocultas en nuestro espíritu anteriormente al desarrollo de toda actividad; á manera de cuadros arrinconados en un museo no abierto todavía á la curiosidad de los espectadores.

206. Parece que en vez de entregarnos á suposiciones semejantes, debemos reconocer en el espíritu una actividad innata, con sujeción á las leyes que le ha impuesto la infinita inteligencia que le ha criado. Aun cuando se pretenda que las ideas son distintas de los actos perceptivos, no hay necesidad de admitirlas preexistentes. Es verdad que en tal caso será preciso reconocer en el espíritu una facultad produc-

tiva de las especies representativas; de lo que tampoco nos eximiríamos, identificando las ideas con las percepciones. Estas son actos que brotan, por decirlo así, del fondo de nuestra alma, y que aparecen y desaparecen como las flores en la planta; y así de todos modos hemos de reconocer en nosotros una fuerza, que colocada en las debidas circunstancias, produce lo que antes no existía. Sin esto, no es posible formarse idea de lo que es la actividad.

207. Resumiendo la doctrina emitida hasta aquí sobre las ideas innatas, podremos formularla de la manera siguiente.

1º. Existen en nosotros facultades sensitivas que se desarrollan por efecto, ó con ocasión, de las impresiones orgánicas.

2º. Nada sentimos sino con sujeción á las leyes del organismo.

3º. Las representaciones sensibles internas no pueden formarse de otros elementos que de los suministrados por las sensaciones.

4º. Todo cuanto se diga sobre preexistencia de representaciones sensibles, anteriormente á las impresiones orgánicas, á más de carecer de fundamento, está en contradicción con la experiencia.

5º. Las ideas geométricas, ó sean las relativas á intuiciones sensibles, no son innatas; puesto que son os actos del entendimiento que opera sobre los materiales ofrecidos por la sensibilidad.

6º. Las ideas intuitivas del orden intelectual puro no son innatas; porque no son otra cosa que los actos de entendimiento ó voluntad, ofrecidos á nuestra percepción en la conciencia reflexiva.

7º. Las ideas generales determinadas no son innatas; puesto que son la representación de intuiciones, en las que se ha ejercido por necesidad algún acto.

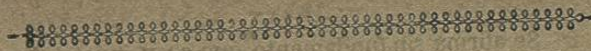
8º Se afirma sin fundamento que sean innatas las ideas generales indeterminadas; las cuales parecen ser los actos de la facultad perceptiva de los objetos bajo una razón general.

9º. Lo que hay innato en nuestro espíritu es la actividad sensitiva y la intelectual; pero ambas, para ponerse en movimiento, necesitan objetos que las afecten.

10º. El desarrollo de esta actividad principia por las afecciones orgánicas; y aunque va mucho más allá de la esfera sensible, permanece siempre más ó menos sujeta á las condiciones que le impone la unión del espíritu con el cuerpo.

11º. La actividad intelectual tiene condiciones *a priori*, del todo independientes de la sensibilidad; y que aplica á todos los objetos, sean cuales fueren las impresiones que le causen. Entre estas condiciones, figura como la primera, el principio de contradicción.

12º. Luego en nuestra inteligencia hay algo *a priori*, y absoluto, que no podría alterarse aun cuando se variasen completamente todas las impresiones que recibimos de los objetos, y sufriesen un cambio radical todas las relaciones que tenemos con los mismos.



LIBRO QUINTO.

IDEA DEL ENTE.

CAPITULO I.

HAY EN NUESTRO ENTENDIMIENTO LA IDEA DE ENTE.

1. Independientemente de las sensaciones, y en un orden muy superior á ellas, existen en nuestro entendimiento ideas, que se extienden á todo, y que son un elemento necesario de todo pensamiento. La que figura entre ellas como principal, es la de ser, ó del ente. Cuando los escolásticos decían que el objeto del entendimiento es el ente, « *objectum intellectus est ens*, » enunciaban una verdad profunda, y consignaban uno de los hechos ideológicos más ciertos y más importantes.

2. El ser ó ente en si, y prescindiendo de toda modificación, de toda determinación, considerado en su mayor generalidad, es concebido por nuestro entendimiento. Sea cual fuere el origen de esta idea, ó el modo con que se forma en nuestro entendimiento, lo cierto es que existe. De ella hacemos continuas aplicaciones, sin ella nos es casi imposible el pensar. En todas las lenguas se encuentra el verbo *ser*, expresión de esta idea; en todas las oraciones, aun las más sencillas, se halla esta expresión; el sabio como el ignorante, la emplean de continuo, en el mismo sentido, con igual acierto.